



Capítulo 299 - Sólo los que sobreviven salen

El silencio antes de la tormenta parecía eterno.

Espectro permaneció inmóvil, como esculpido en el mismísimo caos. Su silueta era una mancha sólida de oscuridad en el escenario donde incluso la luz dudaba en penetrar. La capa negra ondeaba en todas direcciones, incluso en ausencia de viento. Su cuerpo estaba envuelto en densas sombras, que se enroscaban alrededor de sus extremidades como fieles serpientes, y su rostro... o lo que parecía un rostro.

Una calavera.

Simple, desnudo, inmutable.

Sin carne. Sin emoción. Solo un cráneo blanco opaco: ojos vacíos donde acechaba el fin de la esperanza y una sonrisa eterna que no reía... solo sentenciaba.

La cruz que llevaba en la espalda tembló cuando dio el primer paso.

Un sonido bajo, casi imperceptible, escapó de su garganta... o tal vez fue la garganta del mundo cerrándose.

"Quería que corrieras", dijo. La voz resonó no en el aire, sino en las almas.

Era un sonido bajo, profundo y rasposo por dentro. Parecía el recuerdo olvidado de un trauma que nunca ocurrió... pero que jurarías haber sentido.





Eva aferró con fuerza el mango de Balmung. Sintió el peso de la lanza, pero más que eso, sintió el peso del instante. El tiempo mismo pareció ralentizarse, no porque Espectro lo detuviera, sino porque el mundo pareció dudar antes de ver lo que venía a continuación.

"No sé qué eres", murmuró, "pero no vas a salir de aquí sano y salvo".

Luego... desapareció.

Ni con una explosión, ni con un grito.

No con velocidad, sino con negación.

Como si el espacio circundante hubiera decidido que ya no quería contenerlo.

Cuando emergió, estaba a menos de dos centímetros de Eva, con el cráneo ligeramente ladeado, observándola como un científico curioso observa a un insecto raro. Sus ojos negros, dos cavernas de total ausencia, la observaban con un silencio agresivo.

Ella no lo dudó.

—¡Aléjate de mí, demonio! —Y giró el Balmung en un arco horizontal que rompería el aire si estuviera hecho de cristal.

Se suponía que la hoja mística de la lanza, forjada con fuego dracónico y encantamientos antiguos, cortaba cualquier cosa viva o muerta.





Pero no fue así.

Spectre levantó un dedo. Solo uno.

Y tocó el metal sagrado.

El sonido que resonó no fue el de una conmoción, sino el de mil voces gritando a la vez.

La lanza se detuvo. Y entonces, como si el tiempo se hubiera reescrito en ese momento... se quebró.

"Esta arma... lleva fe, no verdad", dijo con frialdad. "Y la fe... miente".

Eva dio un paso atrás, con los ojos muy abiertos y el corazón martilleándole en la garganta.



Pero no había tiempo.

Espectro se movió, pero no era un movimiento humano. Era como si su cuerpo se distorsionara en lapsos de presencia y ausencia. Una mancha de capas y calaveras que cruzaba el campo de batalla en líneas rotas e impredecibles.

Ya estaba sobre Xiao Liang antes de que tuviera tiempo de dibujar a Goujian.

"He visto tu nombre en mil pergaminos antiguos", susurró Espectro. "Eres... una leyenda. Será un placer descifrarla".

El chino, sin embargo, no era tonto.

Con la frialdad de alguien que ha entrenado cada latido del corazón como una espada, Xiao giró sobre su propio eje, liberando la antigua espada con un chasquido que pareció dividir el aire.

La espada brillaba de un azul profundo, como el fondo de un lago eterno.

Xiao asestó siete golpes en una fracción de segundo: precisos, letales, diseñados milimétricamente para alcanzar los puntos vitales y arcanos de su oponente.

"¡Muere!" gritó.

Pero no consiguió ni uno.

Espectro esquivó sin esfuerzo. Sus movimientos no obedecían ni a la física ni a la lógica. Se contorsionaba como humo sólido, se doblaba como una idea viva; no se movía para evadir los ataques, simplemente se detenía donde aterrizarían los golpes.

"Bonita espada...", murmuró, apareciendo boca abajo sobre Xiao, como una marioneta que desobedece las leyes de las cuerdas. "Pero está en las manos equivocadas".

Xiao saltó hacia atrás, pero Spectre no lo persiguió.

En lugar de eso, chasqueó los dedos.

El suelo bajo los pies de Xiao se hizo añicos.





Del abismo se alzaron brazos hechos de hueso y sombras como si el infierno hubiera sido plantado bajo los pies del guerrero.

Xiao cortó los primeros, gritando: "¡No caeré en trucos!"

—No son trucos —respondió Espectro—. Son ecos. Fragmentos de lo que ya he devorado.

Aparecieron diez brazos más. Y luego más.

—No te voy a matar... todavía —dijo Espectro con voz casi dulce—. Bailaré contigo. Disfruta.

Arthur rugió de rabia.

El sonido era humano, pero la emoción no.

Tizona brillaba en su mano con la luz sagrada de mil batallas mientras corría en línea recta, con la espada levantada sobre su cabeza, como un guerrero de épocas pasadas.

"¡Monstruo!", rugió. "¡Tocas la tierra santa de la Iglesia con podredumbre! ¡Te cortaré por cada alma que ha maldecido este mundo!"

Spectre se volvió hacia él con calma.

Y caminó.

Él no corrió.





Él no atacó.

Él simplemente caminó.

Cada paso erosionaba el suelo a su alrededor. El mármol sagrado del Vaticano se pudría con su presencia, como si la fe misma perdiera su forma ante él.

Arthur saltó. Gritó.

Descendió con la fuerza de todos los héroes que su sangre había llevado jamás.

La espada del Cid tocó la capa de Espectro...

...y se detuvo.

Simplemente... se congeló en el aire.

Arthur se quedó suspendido en el tiempo, en medio del salto, con los ojos muy abiertos.

"Qué injusto...", dijo Espectro, a su lado, susurrándole al oído a Arthur. "Aún crees en algo. Eso te frena".

Luego cerró la mano.





Una esfera negra se formó en el aire, densa, pulsante, como un agujero en la realidad.

"Serás un hermoso adorno en mi biblioteca de almas", añadió.

Con un gesto delicado, como si soltara una mariposa, Spectre la liberó.

Pasó a través del pecho de Arthur sin hacer ruido.

Sin sangre.

El cuerpo del guerrero cayó, pero su alma... su alma quedó atrapada, girando dentro de la esfera como polvo en un remolino.

Espectro se giró y encaró a los otros dos.

"Uno ya ha caído."

"Uno ya está temblando."

"Y uno todavía se resiste."

Eva apretó los dientes. "No me conoces."

—No... pero conozco el sabor de tu duda —respondió—. Es amarga. Imperfecta. Prometedora.





Sus brazos se abrieron y sus túnicas se expandieron como las alas de un ángel olvidado.

La calavera sonrió.

"Qué bonito... Ya empezaba a olvidar lo que era jugar."

La calavera sonrió.

Y el cielo... comenzó a llorar sangre.

Lágrimas rojas caían del cielo como lluvia sagrada corrupta, tiñendo el campo de batalla con el presagio del fin. Eva retrocedió un paso, jadeando, con el rostro surcado de sudor y miedo. Xiao seguía luchando contra las manos esqueléticas que emergían del suelo, sus cortes cada vez más desesperados. Y Espectro... simplemente observaba. Como un artista ante su obra, aún inacabada.



Fue entonces cuando el aire... se desgarró.

Literalmente.

En el espacio justo encima de la esfera negra que contenía el alma de Arthur, se abrió una grieta con el sonido seco de una tela al rasgarse, pero no era tela. Era la realidad. Un desgarró brillante, plateado y vibrante como una estrella que se derrumba, apareció con violencia y absorbió el aire a su alrededor, haciendo que la túnica de Spectre se ondulara de furia.

Giró lentamente el cráneo, con sus ojos oscuros fijos en la grieta.



"Mmm... Mira eso...", murmuró. "Parece el sello de la Emperatriz Dragón de Platino".

La esfera que giraba con el alma de Arthur se estremeció.

Se encajó en el centro de la grieta dimensional.

Y entonces... se quebró.

—Has tocado algo que no debías, calavera. —La voz salió del interior del desgarrro.

Y luego emergió.

Virgilio.



Caminando desde el interior de la grieta como si fuera un pasillo cualquiera. Sin ceremonias. Sin miradas épicas. Solo pasos seguros, firmes y pesados. Su cabello blanco parecía bailar al ritmo de la fuerza bruta que emanaba a su alrededor. Sus ojos eran fríos, calculadores y, al mismo tiempo... divertidos.

Vergil levantó su mano sin prisa, sosteniendo la esfera que contenía el alma de Arthur, ahora temblando como si estuviera siendo aplastada por un campo gravitacional invertido.

"Tsk. Encerrar almas en esferas es tan... del siglo pasado."

Con un chasquido de dedos, la esfera explotó en fragmentos de luz azulada.



Un rayo de energía plateada cayó directamente sobre el cuerpo caído de Arthur. El guerrero jadeó, con el pecho agitado como si volviera a la vida tras mil años de ahogamiento. Abrió los ojos. Su alma había regresado.

Spectre observó en silencio.

Y sonrió. «Oh, eres tú...», dijo con cierto placer. «Te ves diferente».

Vergil se acercó a él a unos metros de distancia, con las manos en los bolsillos del abrigo azul oscuro que fluía como seda bajo la tormenta de sangre.

"¿Cómo estás?", dijo con una voz cargada de sarcasmo y elegancia. "Me encantaría saber qué haces aquí... pero, sinceramente...", ladeó la cabeza. "Me gustaría aún más saber qué crees que estás haciendo".

Espectro inclinó lentamente la cabeza hacia un lado, curioso. «Estoy liberando al mundo de sus ilusiones».

—Claro —respondió Vergil, riendo levemente—. Porque cada cráneo con capa necesita un monólogo con un propósito mayor.

Eva miró incrédula al recién llegado. "¿Quién... quién es?"

Arturo, todavía jadeante, susurró: "El quinto rey de los demonios... Virgilio Lucifer..."

"Ah... Ojalá pudiera encontrarte, bastardo." Dijo Vergil mientras el mundo entero gritaba con su aura... "Pero asegurémonos de que nadie salga de aquí." Habló antes de sacar a Yamato y... "Sellarlo."





JabraScan
RexScan



Traducción : Leo

Una runa que había aprendido de Zafiro... la dibujó con su espada, y la dimensión de batalla quedó sellada de nuevo. O mejor dicho, reforzada.

"Sólo los que sobreviven salen", dijo Virgilio.

El caballero pareció sonreír...

